

llándome con toda clase de afrentas. ¡Vamos! ya veo que no vale usted más que esa familia; pero no crea que me someteré nunca lo bastante para sufrir todo esto. Repito que fui á ver la casa, porque con frecuencia he pensado que me agradaría volver á verla; y si ahora pregunto cómo están, es porque en otro tiempo los amé, cuando yo creía que eran buenos para mí.

Clennam intervino para decir á Tattycoram que estaba seguro que la recibirían con la mayor bondad si alguna vez deseaba volver con ellos.

—¡Jamás!—contestó la joven con voz irritada;—yo no haría nunca esto, y hartó lo sabe la señorita Wade á pesar de las reprensiones que me dirige, porque estoy bajo su dependencia, de lo cual se alegra sin duda mucho, pues no pierde ocasión de recordármelo.

—¡Vaya un pretexto!—exclamó la dama con tono de altivez y de amargura;—busque usted otro, porque ese está ya muy gastado. Mi pobreza es causa de que eche usted de menos la abundancia de esos señores. Vuelva usted con ellos y acabemos de una vez.

Arturo Clennam contempló un momento aquellas dos mujeres, cuyos ojos expresaban la cólera contenida, y que parecían dispuestas á maltratarse entre sí, y añadió algunas palabras para despedirse. La señorita Wade no hizo más que inclinar la cabeza, mientras que Enriqueta, afectando la humildad de una criada ó de una esclava, aunque no podía ocultar su irritación, aparentó que era muy poca cosa para que nadie se fijase en ella, y permaneció inmóvil en su sitio.

Clennam bajó la sombría escalera, reflexionando en lo que acababa de ver y oír, y en la inutilidad de sus esfuerzos para descubrir al extranjero sospechoso, y volvió á Londres en el mismo vapor en que había llegado. Durante el camino abrió el manuscrito de la señorita Wade y leyó lo que veremos en el capítulo siguiente.



## CAPITULO XXI

### Historia de un verdugo de sí mismo

«Tengo la desgracia de no ser una necia: desde mi juventud he observado á mi alrededor muchas cosas que creían ocultarme; y si en vez de verlo todo hubiera podido dejarme engañar, tal vez mi existencia hubiera sido tan tranquila como la de la mayor parte de los imbéciles de este mundo.

»Mi infancia se deslizó en casa de mi abuela, ó por lo menos de una dama que tomaba este título; pero no tenía ningún derecho sobre mí... En su casa había niñas con quienes la unía algún parentesco, y otras que sólo eran educandas: contábase diez entre todas, vivíamos juntas y teníamos los mismos maestros.

»Tendría yo unos doce años cuando comencé á notar el empeño de mis compañeras en protegerme; dijéronme que era huérfana, y eché de ver (primer inconveniente de no ser tonta,) que me mostraban una compasión insolente, como si se creyeran superiores; para convencerme del hecho hice varias pruebas con mis compañeras: á duras penas podía conseguir que se enfadasen conmigo, y cuando reñía con alguna, siempre era ella la que venía á darme satisfacciones, afectando perdonarme, en su vanidosa indulgencia. ¡Eran ya mujeres en miniatura!

»Una de ellas llegó á ser amiga mía, y sin saber por qué, comencé á profesarle un afecto que seguramente no merecía. Su carácter era al parecer bondadoso; para todo el mundo tenía dulces miradas y graciosas sonrisas; y creo que, excepto yo, nadie sospechaba en la pensión que su único objeto era resentir mi amor propio y humillarme.

»Sin embargo, profesaba entonces tanto cariño á mi indigna amiga, que mi existencia llegó á ser casi insoportable: me reprendían y castigaban sin cesar, alegando que yo la atormentaba, ó mejor dicho, porque la acusaba de pérfida y la hacía llorar, demostrándole que leía en el fondo de su corazón. A pesar de todo, amábala sinceramente.

»Cierta año me invitaron á pasar las vacaciones en casa de sus padres, donde hube de sufrir más aun que en la pensión, pues mi falsa amiga procuraba hacerse amar de todos sus vecinos y conocidos, sólo con el objeto de excitar mi envidia; y para rebajarme siempre que se le ofrecía alguna oportunidad para hacerlo. Creo ocioso extenderme en detalles sobre lo mucho que hube de sufrir en aquella casa; baste decir que un día, apurada ya la paciencia, insistí para que me volvieran á mi casa, diciendo que de lo contrario me marcharía sola y á pie, aunque fuera necesario andar día y noche.

»Cuando me presenté á mi supuesta abuela, díjele que si no me llevaban á otra parte para terminar mi educación, antes que volviera mi pérfida amiga, con sus compañeras, me arrojaría de cabeza al fuego á fin de no verlas más.

»Después me encontré entre mujeres jóvenes y pude vencerme de que no valían más que las niñas: tenían buenas palabras y falsas sonrisas, pero muy pronto reconocí que sólo trataban de humillarme. Antes de abandonarlas supe que yo no tenía abuela ni pariente alguno; y esta noticia fué para mí un rayo de luz que me explicó mi pasado y mi porvenir.

»Un agente de negocios tenía en depósito cierta cantidad que me pertenecía. Destinábanme á ser aya, y con este carácter entre en la casa de la familia de un caballero bastante pobre que tenía dos niñas. La madre era joven y bonita, y desde un principio fingió tratarme con mucha delicadeza, pero no tardé en reconocer su falsedad, y portéme de modo que comprendiera que no me dejaba engañar.

»Yo quería mucho á las niñas, porque eran muy dóciles y de un carácter tímido; pero desgraciadamente había en la casa una nodriza que se propuso, sin saber yo por qué, excitar mi enojo sistemáticamente, procurando captarse todo el afecto de aquellas criaturas en perjuicio mío, pero valiéndose de mil astucias para hacer creer que me profesaba el mayor afecto. Desde los primeros días comprendí ya su mala intención, y cansada al fin de sufrir contrariedades, juzgué lo más oportuno, para evitar sinsabores, salir de aquella casa.

»Poco después fuí aceptada por otra familia: los padres, de bastante edad, ricos y de elevada clase, sólo tenían una hija de quince años, cuya educación debía yo perfeccionar. Entre los que visitaban la casa figuraba cierto sobrino, que muy pronto me hizo la corte; yo me negué á escuchar sus protestas amorosas, porque estaba resuelta á no permitir que nadie me manifestara compasión ó condescendencia; pero escribíome una carta, á consecuencia de la cual cambiamos una promesa de casamiento. Tenía un año menos que yo, y parecía más joven de lo que era. Acababa de llegar con licencia de las Indias, donde ocupaba un destino que dentro de poco le proporcionaría muy buena posición; debíamos casarnos á los seis meses, para marchar luego á Bombay; y se convino que entre tanto yo continuaría viviendo con la familia. Nadie había opuesto la menor objeción.

»No puedo menos de confesar que aquel hombre estaba muy prendado de mí; pero cansábame su pasión, tanto más cuanto que, sin disimularla nunca, hacíame comprender, tal vez sin doble intención, que me había comprado por mi belleza y que no le parecía yo demasiado cara. Yo amaba á mi pretendiente, y sólo por esto sufrí muchas humillaciones y disgustos, á que no contribuyó poco su tía (no se olvide que era mi ama,) pues hablábame continuamente, con cierto tono irónico, del lujo que ostentaría en Bombay y de la distinguida sociedad con que alternaría cuando su sobrino ascendiera en grado. Mi orgullo se resintió por el descaro con que aque-

Tomo II, — 15

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

1623 MONTERREY, MEXICO

lla señora trataba de poner de relieve la diferencia que habría entre mi nuevo género de vida y la posición dependiente que entonces ocupaba. ¡Una pobre aya, el aya de su hija, aspirar á semejante distinción! Precisamente cuando mis tormentos llegaban á su colmo y mayor era la irritación que sentía contra mi pretendiente, presentóse en la casa el señor Gowan, que hacía mucho tiempo visitaba á la familia y regresaba de un viaje. Al primer golpe de vista adivinó mi situación y me comprendió: era la primera persona que había adivinado mi carácter, y no necesitó más de tres visitas para convencerme de que leía en mi pensamiento; lo conocí en sus felicitaciones sobre mi futuro porvenir, en sus frases ambiguas, cuyo sentido irónico no se me ocultaba, y en sus embozadas indirectas. Con esto atizó mi cólera, haciéndome más despreciable á mis propios ojos y presentándome bajo un aspecto odioso cuanto me rodeaba, aunque aparentando admirarlo todo. Sus felicitaciones eran, pues, verdaderos pesames, y cuando parecía querer calmarme, descubría mis más dolorosas llagas, despertando mis antiguos temores de exponerme al ridículo con un casamiento desigual. Se dirá que no me prestaba con esto un gran servicio; pero yo le agradecía que reprodujese el eco de mis pensamientos, confirmando lo que ya sabía yo.

»Entonces busqué más que nunca la sociedad del señor Gowan, sobre todo al observar que mi preferencia por él excitaba la envidia ó los celos de mi futuro, vengándome así en cierto modo de los tormentos que me habían hecho sufrir.

»Esto duró hasta el día en que mi *ama* tuvo por conveniente hacerme algunas observaciones sobre mi conducta. Nuestra conversación, bastante larga, tomó mal giro; y como la señora me repitiera varias veces que yo tenía un carácter muy desagradable, hícele comprender á mi vez lo mucho que había sufrido desde que fuí bastante débil para aceptar la mano de su sobrino, añadiendo que el señor Gowan era la única persona que me había consolado un poco en medio de mi humillación. Aquel mismo día me despedí de la casa, prometiendo no ver más á la familia; y he cumplido mi palabra.

»El señor Gowan me siguió á mi retiro, y al parecer le divirtió mucho el fin de aquellas relaciones, si bien me manifestó que sentía que una cruel necesidad me hubiera obligado á ocasionar un disgusto á tan buena familia. Cierta día me aseguró que, en cuanto á él, no merecía ser amado por una

mujer (decía la verdad, aunque yo no la creía entonces,) dotada de tanto talento como yo y de tal fuerza de carácter.

»El señor Gowan se entretuvo en hacerme la corte tanto tiempo como quiso, y al fin acabó por recordarme que los dos éramos personas de mundo que comprendían la vida; que ambos sabíamos que las novelas no deben durar siempre; y que teníamos bastante buen sentido uno y otro para no buscar fortuna cada cual por su lado. Aseguróme además que, si más tarde volvíamos á encontrarnos, seríamos siempre los mejores amigos del mundo.

»Poco después supe que hacía la corte á la joven con quien se casó después, y que sus padres habían tratado de impedirlo. Entonces comencé á odiar á esa bella tanto como la aborrezco hoy; y, por lo mismo, mi mayor deseo fué que se casara con su pretendiente. Tenía sin embargo gran curiosidad por ver á esa joven, y por esto viajé un poco, habiéndome ayudado la casualidad á encontrarla, así como á usted, señor Clennam. Entonces conocí también á la pobre Tattycoram, según la llamaban, cuya posición era muy análoga á la mía; observé en esta joven con gusto é interés síntomas de ese carácter rebelde que á mí me anima contra el patronato y el egoísmo orgulloso, disfrazados con los nombres de bondad, protección, benevolencia, etc.; y deseando tener una compañera que no fuese víctima de tales hipocresías, resolví arrancar á aquella joven de su esclavitud, substrayéndola de la injusticia que la ocasionaba tantos disgustos, excitando continuamente su justo resentimiento. No necesito añadir que al fin lo conseguí sin gran dificultad.

»Desde entonces, Enriqueta ha vivido conmigo, compartiendo mis escasos recursos.»

